

Terminales somos todos

Albert Jovell

Presidente del Foro Español de Pacientes

Autor del libro «Liderazgo Afectivo», publicado por Editorial Alienta

Los significados de las palabras que se utilizan en medicina tienen importantes connotaciones que quedan reflejadas en creencias, actitudes y conductas. Como estudiante de medicina, uno empieza a sorprenderse del lenguaje que, a veces, se utilizaba en el ámbito hospitalario. Escuchar expresiones como «se está bajando», referida a un paciente que se está muriendo, o «es un piti» para calificar a una persona que presenta una enfermedad psicosomática, ha sido la causa por la cual muchos profesionales han abdicado de la práctica asistencial. Dicho en lenguaje coloquial, algunos de ellos son médicos que «no están en la trinchera». Esta última expresión se ha hecho popular en los últimos años entre muchos médicos que, sin darse cuenta, parecen más interesados en ser reconocidos como trabajadores que como profesionales. Y es que el servicio militar siempre evoca recuerdos.

El problema de las expresiones coloquiales es que, a fuerza de usarlas, acaban condicionando formas de ser y de actuar. Así, el concepto militar de «trinchera» determina una concepción marxista *demodé* que basa las relaciones profesionales en la confrontación entre estamentos, más que en la capacidad de dialogar y llegar a acuerdos.

Resulta más cómodo permanecer en la trinchera que ofrecer soluciones razonables a los problemas. La expresión militar, además de desafortunada, resulta bastante patética, pues es generadora de turbulencias en las relaciones entre profesionales y que se pone de manifiesto en el conflicto entre directivos y asistenciales. Tarrapoco son muy afortunadas las expresiones mencionadas en el primer párrafo, ya que determinan un distanciamiento emocional hacia personas que están sufriendo y a las que se tiene la obligación moral de atender sin emitir juicios de valor. No se debería ignorar que, aparte de su capacidad de discriminar, las palabras también ofrecen la posibilidad de confortar y mejorar la

calidad de vida de los enfermos. De hecho, se debería exigir al lenguaje que utilizamos la misma sensibilidad y especificidad que se exige a una prueba diagnóstica.

A veces, el lenguaje y las expresiones con significado deletéreo se institucionalizan y entran a formar parte del lenguaje profesional. Un ejemplo de este tipo de expresiones lo constituye el uso del vocablo «terminal». Se trata de un vocablo complejo, con múltiples definiciones en el lenguaje castellano; entre ellas la referida a «un enfermo que está en una situación irreversible que le conduce a la muerte». También se puede hacer referencia a «los extremos de una línea de transporte público» o «aquello que conecta a un electrodoméstico». Esta promiscuidad conceptual

descalifica al vocablo o término en la acepción referida al estado de salud del paciente afectado por una enfermedad avanzada y que, ironías de los usos del lenguaje, puede estar monitorizado por terminales. Además, tampoco queda claro en medicina qué es lo que merece el calificativo de terminal: la enfermedad, el enfermo o ambos.

El concepto de terminal referido a los pacientes no es apropiado, con indiferencia de

las definiciones existentes en el diccionario de la Real Academia Española. En primer lugar porque la dignidad humana se merece un vocablo para definir esas situaciones que no admita confusiones ni comparaciones con estaciones de trenes, ordenadores o aeropuertos. En segundo lugar porque las personas nunca terminan para sus seres queridos, ya que permanecen en su recuerdo. En tercer lugar, la palabra terminal puede favorecer un mayor distanciamiento emocional hacia la persona y la familia que está pasando por una situación compleja por parte de los profesionales implicados en su cuidado. Finalmente, si todo tiene un final, terminales somos todos. ☺

*«El concepto de terminal
referido a los pacientes
no es apropiado,
con indiferencia de las
definiciones existentes
en el diccionario de la Real
Academia Española»*